



**Código documento:** 054cas  
**Nombre documento:** Relatos y cuentos: Solitario en el Camino  
**Idioma:** Castellano  
**Fecha creación:** 19 de enero de 2010  
**Autor:** Gregorio de Zaragoza

### *Solitario en el Camino*

Todos tenemos algún motivo para caminar solos, para abandonar, aunque sea por unas horas, a nuestros compañeros, amigos, familias, y encontrarnos en solitario con lo más profundo de nuestras almas, de nuestros deseos.

En muchas de esas ocasiones, la soledad nos sirve para conciliar nuestras vidas con el ritmo de la naturaleza. En otras ocasiones descubrimos nuestras carencias morales y nos planteamos reformas. No siempre son motivos tan espirituales, ya que en ocasiones buscamos la tranquilidad física y en otras la satisfacción personal. Aún así...

Me pareció lamentable que el joven, casi adolescente, lleno de un efervescente acné estuviese solo en el dormitorio, justo a la hora de cenar. Sentí cierto impulso paternalista e intenté hacerme amigo suyo o por lo menos darle conversación un rato.

...

Si, ya llevo catorce días en el Camino.

...

No, no voy solo, voy con mis compañeros del instituto, estamos haciendo el camino en grupo, pero yo me he separado hace dos días. Me salieron ampollas y voy más despacio, ellos habrán llegado hoy a X, ¿tú vas sólo?.

...

No, no me aburro, además me he juntado al grupo que has visto y voy bien.

Ya me he duchado, estoy arreglándome la mochila.

...

Luego, luego iré al restaurante.

...

¿Eh?, perdona, ah sí, estoy algo despistado, luego voy\_ me dijo con tono impaciente.

En ese preciso momento una mujer de menos de treinta años, pelo largo y negro, tez morena, rasgos agradables y andares voluptuosos, apareció en el dormitorio casi cubierta con una toalla de rayas multicolores y se dirigió a las literas enfrente de las nuestras.

Yo me quedé muy sorprendido, pues no pensaba que quedara nadie en el albergue, pero el muchacho con el que estaba hablando, cambió de color, enmudeció, se protegió en el fondo de la litera y con ojos desorbitados, se preparó como si fuese a ver el primer día de la creación.

La mujer no tenía ningún motivo para tener pudor, pero la realidad es que aquella hermosa venus morena no sabía lo que era el pudor, ni falta que le hacía. Con gestos de total naturalidad, se desprendió de la toalla e hizo brotar, del fondo de su concha, un cuerpo perfecto y perfectamente desnudo. Volví la vista por un momento hacia el chaval que estaba totalmente hipnotizado y fue tal la impresión que me causaron su gesto embobado y sus ojos desorbitados, que dude qué espectáculo era más digno de admirar y, como ya soy mayor, decidí no perder detalle de ninguno de los dos.

Ese momento que desvió la mirada, fue lo suficiente para que una camiseta blanca empezase a cubrir el cuerpo de la muchacha, no sin que antes se enganchara, el borde de la misma, con dos largos y duros pezones negros que, aún una vez cubiertos, pugnaban por salirse de la ropa. De perfil, con el cuerpo estirado hacia el cielo para colocarse la ropa, su vientre, algo redondeado, se proyectó hacia delante y unos dorados rayos de luz se entrelazaron con los rizados guardianes de su sexo.

El ser casi sobrenatural que estábamos admirando, se inclinó sobre la litera de abajo, cogió una prenda que se puso con gesto rápido y decidido, luego se calzó unos pantalones elásticos que más que cubrir, moldeaban sus piernas y cintura, por fin se puso unos calcetines, se ató unas sandalias de descanso, se colocó el polar, nos dijo con voz cadenciosa ¡Hasta ahorita mismo! y salió del dormitorio sacudiendo su pelo y deján-

donos huérfanos de hermosura.

Volví a mirar al muchacho, estaba blanco como el papel, ya que toda su sangre se había desplazado a un único lugar de su cuerpo.

Por sus gestos nerviosos comprendí que necesitaba estar solo y me despedí.

El muchacho tardó en llegar como diez minutos y se le veía algo desorientado, pidió un bocadillo y una coca-cola para cenar y, aunque se sentó con el grupo, apenas dijo nada durante la tertulia.

Sobre las diez de la noche volvíamos al albergue, yo ocupé la litera de abajo, el muchacho la de arriba y nuestra diosa de la belleza nos deleitó con la ceremonia de desnudarse para acostarse.

Pasaron unos minutos y la litera comenzó a moverse, ¡chaval! no te menees tanto, susurré. A los pocos instantes otra vez el ligero zarandeo de los hierros de la litera, ¡Chaval duerme! que mañana te espera una dura etapa. Menos de tres minutos y de nuevo el ajetreo, ¡Joder chaval, para ya! a ese ritmo no llegas a Compostela, le dije en voz baja y tono amistoso.

A la mañana siguiente madrugué como es mi costumbre y ya no volví a encontrarme con el grupo.

Con quién sí que coincidí, fue con los compañeros de instituto del muchacho víctima de las hormonas. Estaban preocupados porque parecía que los rehuía, como si le pasara algo y quisiera estar solo, No os preocupéis, va bien y los peregrinos con los que va lo cuidan muy bien, se le ve un poco cansado y solitario, pero es natural.

*Gregorio de Zaragoza*